



Desarrollo Humano Sostenible

Octubre 2020

ENSAYOS SOBRE DEMOCRACIA REAL Y CAPITALISMO

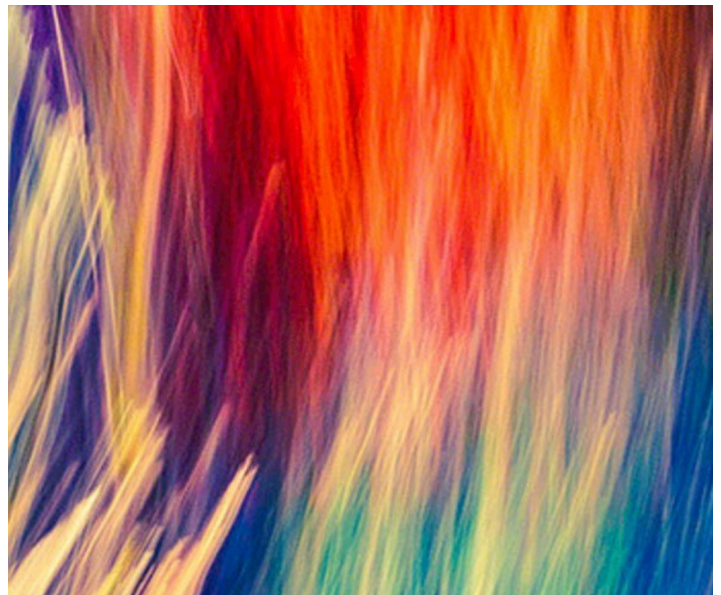
Más Allá del Capitalismo de Consumo

Fundamentos Para la Prosperidad Sostenible

Tim Jackson

Abstracto

El capitalismo de consumo es insostenible en términos ambientales, sociales e incluso financieros. Este documento explora las ramificaciones de las crisis combinadas que ahora enfrenta el modelo económico predominante basado en el crecimiento. Traza brevemente la evolución de las nociones occidentales de progreso y, en particular, critica la visión muy estrecha de la naturaleza humana sobre la que se construyeron estas nociones. Una visión más amplia y realista de la naturaleza humana nos permite recuperar significados más sólidos de prosperidad y sentar las bases de un tipo diferente de economía. El documento explora estos fundamentos. Presta especial atención a la naturaleza de la empresa, la calidad del trabajo, la estructura de la inversión y el papel del dinero. Desarrolla la base conceptual para la innovación social en cada una de estas áreas y proporciona ejemplos empíricos de tales innovaciones.



Introducción

Casi una década después del inicio de la crisis financiera, las líneas divisorias dentro del capitalismo moderno se están ensanchando. Lo que antes parecían pequeñas fisuras, apenas visibles para el ojo occidental, ahora se han convertido

en profundos abismos que amenazan con engullir a naciones enteras. Ninguna exploración de la relación entre crecimiento y sostenibilidad puede estar completa sin abordar el destino del capitalismo mismo.

Entre la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 y el estallido de la crisis financiera en septiembre de 2008, la estrella del capitalismo nunca había parecido más brillante. Para repetir a Margaret Thatcher, no había alternativa. Los debates sobre las variaciones del capitalismo fueron más o menos académicos. Las naciones anglo céntricas pregonaron las virtudes de los "mercados liberalizados". Alemania y Francia defendieron la "economía social de mercado". La China comunista incluso desarrolló su propia marca particular de capitalismo de planificación centralizada, lo que provocó una extraña mezcla de ansiedad y satisfacción discreta en la mente occidental (Hall y Soskice 2001; Baumol et al 2007).

Todos estos capitalismos se basan inherentemente en la supuesta insaciabilidad de las necesidades humanas: confiadas

si alguna vez nos sentimos inclinados a olvidar o renunciar a ese deseo [de la novedad], hay una gran cantidad de astutos anunciantes, inversores y políticos disponibles para ayudarnos a recordarlo. Para persuadirnos a gastar "dinero que no tenemos, en cosas que no necesitamos, para crear impresiones que no durarán, en personas que no nos importan".

expectativas de un crecimiento implacable en el gasto del consumidor. En todo el mundo, el capitalismo avanza buscando nuevos mercados de consumo para nuevos productos de consumo. El continuo abandono de lo viejo en favor de lo nuevo. La intrusión del mercado en áreas cada vez más personales de nuestras vidas (Schumpeter 1975, Pérez 2003).

Al principio, este proceso puede ser inmensamente productivo y conducir a mejoras manifiestas en nuestro nivel de vida. Pero

para mantener el proceso a perpetuidad como requiere el sistema, necesitamos personas decididamente enganchadas a las cosas, preparadas para pedir prestado y gastar, incluso para hipotecar su propio futuro financiero si es necesario, para seguir comprando (Booth 2004, Jackson 2016).

Es bastante fácil encontrar a estas personas. La novedad nos importa. A través de la novedad, por ejemplo, nos contamos historias sobre lo importantes que somos. El estatus es sólo una de las dinámicas sociales que se nutre de la novedad. La novedad también indica progreso. Ofrece esperanza. Un mundo más brillante para nuestros hijos y sus hijos. Y si alguna vez nos sentimos inclinados a olvidar o renunciar a ese deseo, hay una gran cantidad de astutos anunciantes, especialistas en marketing, inversores y políticos disponibles para ayudarnos a recordarlo. Para persuadirnos, en términos muy simples, a gastar 'dinero que no tenemos, en cosas que no necesitamos, para crear impresiones que no durarán, en personas que no nos importan' (Jackson 2010).

En resumen, a primera vista parece haber un extraño encaje entre las demandas del capital y el alma inquieta del consumidor. Armado con esta lógica y con el crecimiento económico como mantra, el capitalismo en sí parece imparable. "Acumular, acumular, eso es Moisés y los profetas", como dijo una vez Marx (1867).

La producción económica mundial es ahora casi diez veces mayor que en 1950. La suposición predeterminada es que, aparte de las crisis financieras, el crecimiento continuará indefinidamente. No sólo para los países más pobres, donde se necesita desesperadamente una mejor calidad de vida, sino incluso para las naciones más ricas donde la cornucopia de la riqueza material comienza a amenazar los cimientos de nuestro bienestar. Si continúa expandiéndose al mismo ritmo promedio, la economía mundial en 2100 sería más de 20 veces mayor de lo que es hoy: un asombroso aumento de 200 veces en la escala económica en el espacio de unas pocas generaciones (Jackson 2016, Ch 1).

Este aumento sin precedentes de la actividad económica no tiene parangón histórico. Está totalmente en desacuerdo con nuestro conocimiento científico de la base finita de recursos y la frágil ecología de la que dependemos para sobrevivir. Y ya ha ido acompañado de la degradación de aproximadamente el 60% de los ecosistemas del mundo (TEEB 2012; MEA 2005).

En su mayor parte, tendemos a ignorar la cruda realidad de estos números. Las razones de esta "ceguera colectiva" son bastante fáciles de encontrar. La expansión de la demanda es el mecanismo predeterminado para lograr la estabilidad económica. Cuando la demanda flaquea, suceden cosas malas. Las empresas luchan por sobrevivir. La gente pierde sus trabajos y, a veces, sus hogares. Se avecina una espiral de recesión. Y en estas circunstancias, cuestionar el crecimiento es un acto de locos, idealistas y revolucionarios. Pero debemos cuestionarlo. El colapso de Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008 marcó más que el inicio de una crisis de liquidez cíclica. La pálida luz de la recesión iluminó grietas tras grieta en la brillante superficie del capitalismo. Ahora es evidente que estas grietas llegan directamente al corazón del sistema.

En ninguna parte es esto más evidente que en las lecciones de la propia crisis. La crisis financiera no fue el resultado de un comportamiento deshonesto o una circunstancia desafortunada. Era un desastre esperando a suceder. Una economía cuya estabilidad depende de un estímulo sin fin de la demanda de los consumidores recurre inevitablemente a la expansión monetaria para mantener el crecimiento. El florecimiento del crédito crea balances frágiles. Se utilizan instrumentos financieros complejos para disfrazar deudas desagradables. Pero cuando las deudas eventualmente se vuelven tóxicas, el sistema se colapsa (Barwell y Burrows 2011; Turner 2015; Wolf 2015).

Desde 2008, los gobiernos han comprometido billones de dólares para rescatar a los bancos y reactivar la economía mundial. Pero el fuerte endeudamiento fiscal sólo ha precipitado una nueva crisis. En toda la zona euro, por ejemplo, país tras país ha enfrentado crecientes déficits presupuestarios, deuda soberana difícil de manejar y calificaciones crediticias degradadas. Las políticas de austeridad, implementadas para proteger estas calificaciones, no han logrado resolver los problemas subyacentes. Peor aún, han creado sus propios problemas sociales. La retirada de la inversión social ha provocado un aumento de las desigualdades, un aumento del desempleo, un empeoramiento de los resultados de salud y un público cada vez más agitado (Stuckler y Basu 2014). La injusticia de rescatar a los arquitectos de la crisis a expensas de sus víctimas se ha vuelto evidente para todos. Las condiciones para un malestar social más amplio siguen siendo palpables.

Se encuentran numerosas respuestas a esta crisis existencial del capitalismo. Un conjunto de respuestas tiene como objetivo retener las dimensiones principales del capitalismo de consumo (incluido el imperativo de crecimiento) y resolver los dilemas del capitalismo a través de tecnologías cada vez más nuevas, mejores y más productivas (Breakthrough Institute 2015; Ralf 2015). Otro apunta a derrocar las construcciones existentes (incluido el imperativo de crecimiento) por completo y reemplazarlas con algo diferente (Harvey 2014; d'Alessa et al 2015; Kallis 2015).

Ignorar las raíces evolutivas de la codicia y el egoísmo es invitar a un renovado fracaso institucional. Pero asumir su dominio incomparable en la sociedad humana es innecesariamente fatalista e igualmente erróneo.

Algunas respuestas se centran en el fracaso de las instituciones; otros sobre disparidades de poder y clase y otros nuevamente sobre la avaricia, la codicia y la miopía inherentes a la naturaleza humana. Estos últimos enfoques a veces proyectan una perspectiva determinista, casi fatalista, sobre las perspectivas de sostenibilidad, en la que hay poco o ningún margen de maniobra y las perspectivas de supervivencia humana son en sí mismas extremadamente pequeñas.

Ignorar las raíces evolutivas de la codicia y el egoísmo es invitar a un renovado fracaso institucional. Pero asumir su

El capitalismo de consumo es en parte un producto de ideas: ideas sobre la naturaleza del progreso, sobre el poder de la tecnología, sobre la naturaleza humana misma. Ir más allá de sus defectos requiere que primero comprendamos esta historia de ideas.

dominio incomparable en la sociedad humana es innecesariamente fatalista e igualmente erróneo. De hecho, descuida algunas de las ideas más importantes de la teoría de la evolución. Como señala Rees (este volumen), el comportamiento humano está condicionado por las instituciones sociales. Nuestras predisposiciones evolutivas encuentran expresiones muy diversas en diferentes condiciones

sociales e institucionales. Es en esta brecha (por pequeña que sea) entre la fijeza de la naturaleza humana y la variabilidad de la sociedad donde debemos buscar avenidas pragmáticas para el cambio.

Las ideas intelectuales son primordiales aquí. El capitalismo de consumo es en parte, cuando menos, un producto de ideas: ideas sobre la naturaleza del progreso, sobre el poder de la tecnología, sobre la naturaleza humana misma. Ir más allá de sus defectos requiere que primero comprendamos esta historia de ideas; segundo para identificar sus deficiencias; y finalmente establecer alternativas creíbles y sólidas que merezcan ser exploradas. Estos son mis objetivos en este artículo.

En última instancia, sostengo, la tarea de definir una prosperidad sostenible es precisa, definible y significativa. Además, la estrategia de participar en esta tarea nos ofrece una alternativa convincente y pragmática a la debilitante elección entre un statu quo opresivo y un optimismo tecnológico ingenuo.

Persiguiendo el Progreso

La idea moderna de progreso se remonta a la Ilustración, un período de intensa creatividad intelectual y filosófica concentrada principalmente en el norte de Europa durante los siglos XVI y XVII. Este período, a su vez, dio lugar a una enorme creatividad tecnológica y proporcionó muchos de los cimientos de la revolución industrial. También estuvo acompañado de nuevas especulaciones morales y prudenciales sobre la naturaleza de la "buena vida": ideas sobre cómo los individuos y las sociedades pueden y deben prosperar. Algunas de estas ideas proporcionaron las bases para la economía clásica y la neoclásica posterior. Quizás los más notables entre ellos fueron los conceptos de utilitarismo (Mill 1863) y libertarismo (Locke 1690, Mill 1869, Godwin 1793; ver también Hamowy 2008).

El utilitarismo sostenía que el progreso consiste en asegurar la mayor felicidad al mayor número. El libertarismo sugirió que la mejor manera de lograrlo era brindar a las personas la libertad con la que perseguir su propia felicidad. El enfoque libertario en las libertades individuales fue adoptado por los economistas clásicos como un principio organizador de la economía de mercado.

Durante los dos siglos siguientes, estas dos filosofías ampliamente democratizadoras comenzaron lentamente a disolver las divisiones jerárquicas convencionales en las sociedades de los países industrializados emergentes, un proceso que fue acelerado por la propia industrialización. Mejor acceso a los recursos naturales, tecnologías de conversión más eficientes con las que fabricar bienes materiales y el aumento de los ingresos asociados con los medios de vida industriales: todo esto contribuyó a una profunda transformación técnica y social.

Hubo críticos de esta transformación, incluso en ese momento (Luxemburgo 1913). Se argumentó que la revolución industrial se basó en un acceso a los recursos materiales que sólo estaba asegurado por una expansión del poder militar

(Douthwaite 1999). Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón, Portugal y España desarrollaron fuertes ambiciones imperialistas, compitiendo por los ricos recursos y la mano de obra barata que se encuentran en las naciones aún no desarrolladas de todo el mundo. La colonización y la esclavitud, se decía, proporcionaban la energía y los recursos materiales que impulsaban las nuevas economías industriales. Algunos incluso sugirieron que fue el choque de ambiciones imperiales entre las superpotencias emergentes lo que condujo directamente a la 1ª e indirectamente a la 2ª Guerra Mundial (Hobsbawm 1968; Deléage et al 1991).

También se criticaron las repercusiones que el proceso de industrialización estaba teniendo sobre las poblaciones

Una crítica particular fue que la economía capitalista emergente había "desarraigado" las actividades económicas de las relaciones sociales, socavando simultáneamente el capital social y comunitario, y conduciendo a una pérdida de responsabilidad en las relaciones económicas.

trabajadoras de los países de reciente industrialización. Las condiciones de trabajo en las primeras ciudades-molino eran a menudo duras. La esperanza de vida era a veces brutalmente corta. Hubo evidencia de que los resultados de salud en realidad empeoraron durante los primeros años de industrialización. En lugar de mejorar la vida de todos, la industrialización mejoró la vida de algunos a expensas de

otros. Ciertamente, todavía existían grandes divisiones entre los ricos, los propietarios de la tierra y el capital, y los pobres que aún luchaban por sus medios de vida, tierra, alimentos, salud y una parte de la voz política (Marx 1867).

Una crítica particular a estos nuevos arreglos fue que la economía capitalista emergente había "desarraigado" las actividades económicas de las relaciones sociales, socavando simultáneamente el capital social y comunitario, y conduciendo a una pérdida de responsabilidad en las relaciones económicas (Polanyi 1944). Se pensaba que esta erosión provenía en parte de la idea filosófica subyacente de que el interés personal individual debería ser el motor del progreso social. Los críticos sugirieron que esta filosofía había cambiado el equilibrio entre los comportamientos egoístas y los demás. A medida que la identidad individual se convirtió en una fuerza cada vez más fuerte en la sociedad moderna, la fuerza de las identidades sociales y los lazos sociales comenzaron a disminuir, amenazando la cohesión social (Durkheim 1903).

A pesar de estas críticas, y de las interrupciones de las dos guerras mundiales y la Depresión, la forma emergente, predominantemente capitalista, de organización social había mejorado dramáticamente la vida de muchas personas comunes en las naciones industrializadas a mediados del siglo XX. La noción predominante, cada vez más global, de progreso económico asumía que estos avances continuarían de la misma manera en el futuro.

La creación del Sistema de Cuentas Nacionales (SCN) de las Naciones Unidas en los primeros años de la posguerra

En resumen, la sociedad moderna está ahora organizada en torno a un modelo que sostiene el crecimiento del PIB. Y en el corazón de este modelo, se encuentra una visión muy particular de la naturaleza humana.

proporcionó la base institucional para esta visión y, a través de ella, el Producto Interno Bruto (PIB) se convirtió en el árbitro e indicador de progreso más importante. El crecimiento del PIB surgió como la prioridad política clave en todas las naciones occidentales avanzadas. Con el colapso de la Unión Soviética y la apertura del comercio con el sudeste asiático, a fines del siglo

XX, el paradigma del crecimiento económico alcanzó una importancia casi mundial (Philipsen 2015).

En resumen, la sociedad moderna está ahora organizada en torno a un modelo particular de cómo perseguir el bienestar humano. Dicho sin rodeos, este modelo sostiene que el aumento de la producción económica (el crecimiento del producto interno bruto (PIB)) conduce a una mejora del bienestar. El aumento del PIB tradicionalmente simboliza una

economía próspera, más poder adquisitivo, vidas más ricas y plenas, mayor seguridad familiar, más opciones y más gasto público. Y en el corazón de este modelo, se encuentra una visión muy particular de la naturaleza humana.

La Evolución del Egoísmo

La idea de que los seres humanos son principalmente egoístas y, en última instancia, insaciables tiene una historia larga y complicada. Pero logró una encarnación particularmente poderosa en el modelo de la naturaleza humana que informa y sostiene la economía moderna. Las personas no sólo son intrínsecamente egoístas, según esta concepción, sino que es precisamente este interés propio el que conduce a la sociedad hacia el bien mayor.

Una de las primeras articulaciones de esta idea fue un poema satírico, publicado por primera vez en 1705, llamado La fábula de las abejas. Su autor, Bernard de Mandeville, era un médico holandés que vivía en Londres. Su poema contaba la historia de una colmena próspera y exitosa, en la que las abejas de repente se vuelven honestas y virtuosas. El efecto, en el poema de De Mandeville, es desastroso. Las abejas pierden toda motivación para tener éxito, la colmena se derrumba y las abejas restantes se van a vivir vidas vacías en un árbol hueco (de Mandeville 1989).

La intención de De Mandeville era satirizar a quienes se quejaban de la corrupción en la política del momento. El interés propio, afirma de Mandeville, es el principal impulsor de la vitalidad económica y, en consecuencia, sirve a los mejores intereses de la sociedad. No debe ser criticado o controlado porque es la fuente de nuestra riqueza y nuestro bienestar, argumenta la Fábula de las Abejas.

El poema fue particularmente influyente en el filósofo moral escocés Adam Smith, el hombre ampliamente considerado como el padre de la economía. *Todo el mundo se esfuerza continuamente en su propio interés*, dijo Smith (1776). *Es su propio beneficio, de hecho y no el de la sociedad, lo que tiene en mente*, pero en esto, como en muchos otros casos, *está guiado por una mano invisible para promover un fin que no formaba parte de su intención*.

El propio Smith escribió apasionadamente sobre los peligros de los intereses corporativos y el papel indispensable del gobierno para frenarlos y, de hecho, para brindar servicios que el sector privado no haría. Pero la metáfora de la mano invisible inspiró una defensa larga y feroz de las virtudes de un "mercado libre" desenfrenado en el que se da rienda suelta al interés propio. *El gran mérito del sistema capitalista*, escribió el economista Edward Robinson, *es que logra utilizar los motivos más desagradables de las personas desagradables para el beneficio último de la sociedad* (Robinson 1948).

La fusión del interés propio con la naturaleza humana fue ciertamente oportuna porque confirió simplicidad a los modelos matemáticos que la economía estaba ocupada desarrollando para explorar la dinámica del mercado. Pero la supuesta centralidad del interés propio en la psique humana también obtuvo el apoyo de uno de los desarrollos intelectuales más poderosos del siglo XIX, la teoría de la evolución.

En sus términos más simples, la teoría de la selección natural de Darwin tiene dos componentes clave: la idea de variación espontánea en las características de plantas y animales; y el proceso mediante el cual se seleccionan estas variaciones. Este proceso de selección fue, en términos generales, uno de lucha competitiva, en el que los más aptos sobreviven y los más débiles perecen.

En un ensayo autobiográfico publicado después de su muerte, Darwin describió el proceso a través del cual llegó a la teoría de la evolución, de la siguiente manera. 'En octubre de 1838, es decir, quince meses después de haber

...la selección natural parece darle al egoísmo una importancia indiscutible en la evolución de la especie humana... La economía ha continuado "tomando prestada" la credibilidad de la teoría de la evolución. Pero esta credibilidad es crítica, quizás fatalmente, defectuosa.

comenzado mi investigación sistemática, leí por diversión "Malthus on Population" [Malthus 1798], y estando bien preparado para apreciar la lucha por la existencia que en todas partes sucede observando continuamente los hábitos de los animales y las plantas, me di cuenta de inmediato de que, en estas circunstancias, las variaciones favorables tenderían a conservarse y las desfavorables a destruirse. El resultado de esto

sería la formación de nuevas especies. Aquí, entonces, escribí, por fin tenía una teoría con la que trabajar. (Darwin 1892, 68).

En este relato, la selección natural parece darle al egoísmo una importancia indiscutible en la evolución de la especie humana. Si la selección tiene lugar a nivel del individuo, a la larga debería favorecer la evolución de los individuos que exhiben un comportamiento principalmente egoísta (es decir, autoconservador). El egoísmo alcanzó no sólo un estatus legendario sino evolutivo.

Así como se supone que el interés propio de los agentes económicos conduce "como por una mano invisible" al resultado más favorable para la sociedad, se supone que el interés propio de los individuos conduce a través de "la supervivencia del más apto" al resultado más favorable para las especies. La economía ha continuado "tomando prestada" la credibilidad para la centralidad del interés propio de la teoría de la evolución desde entonces (Mirowski 1989). Pero esta credibilidad es crítica, quizás fatalmente, defectuosa.

Más Allá del Gen Egoísta

Evidentemente, la conducta humana no es del todo egoísta. Tampoco es exclusivamente hedonista. La existencia de un comportamiento genuinamente altruista es un hecho biológico. El propio Darwin creyó al principio que este hecho era "insuperable y, de hecho, fatal para toda mi teoría" (Darwin 1968, 257). Su propio intento de resolver el problema fue sugerir que la selección opera no sólo en los individuos sino también en las familias o grupos, una propuesta que nunca se ha resuelto definitivamente (Ridley 1996; Wright 1994).

Pasaría casi otro siglo antes de que el "problema del altruismo" lograra una solución más satisfactoria. En 1963, el biólogo británico William Hamilton publicó un artículo histórico en el que proponía que la selección no operaba al nivel del individuo sino al nivel del gen. Esta propuesta (ahora ampliamente aceptada) proporcionó un mecanismo para la evolución del altruismo, sin recurrir a la idea de selección de grupo. Aunque el individuo puede morir, los genes que comparte con otros miembros de la especie tienen más posibilidades de sobrevivir como resultado del sacrificio (Hamilton 1963, 1964).

El trabajo de Hamilton sentó las bases para una continuación largamente esperada del proyecto de Darwin para proporcionar una base evolutiva para la psicología humana. Durante las siguientes décadas, esta base se fortaleció y amplió, primero a través del trabajo de biólogos evolutivos y luego a través del surgimiento de una neurociencia sofisticada del comportamiento humano (Whybrow 2015, Sterling 2016).

Estas ideas podrían haber permanecido dentro de los confines de la biología, si no hubiera sido por la publicación a mediados de la década de 1970 de dos libros populares innovadores. En 1975, el biólogo Edward Wilson publicó un volumen histórico sobre Sociobiología, una nueva ciencia del comportamiento humano. Se basó sólidamente en las percepciones evolutivas emergentes del comportamiento humano (Wilson 1975).

Un año más tarde, un joven científico de Oxford llamado Richard Dawkins publicó un libro llamado *The Selfish Gene* en el que investigaba las implicaciones de la idea de Hamilton de que la unidad fundamental de la selección evolutiva es el gen (Dawkins 1976). Juntos, estos dos libros llevaron las nuevas teorías evolutivas sobre el comportamiento humano a una audiencia amplia y diversa. Causaron un furor de interés y no poca controversia (Rose y Rose 2002).

Parte de la controversia surgió del título provocativo pero potencialmente engañoso de Dawkins. Lo que mucha gente

Ambos tipos de comportamientos [egoísmo y altruismo] son genéticamente posibles en nosotros. Ambos tuvieron ventajas evolutivas para nuestra especie. El egoísmo nos sirvió bien en condiciones de lucha o huida. Pero el altruismo fue fundamental para nuestra evolución como seres sociales.

tomó del título (y el propio Dawkins a veces lo insinuó) es que el egoísmo de la especie humana está escrito indeleblemente en nuestros genes y no hay mucho que hacer al respecto. Pero incluso en una lectura biológica estricta de la evidencia, esto no se equipara del todo. Sólo es cierto en la medida en que otras oraciones completamente diferentes también lo sean: a saber, que

nuestro altruismo también está escrito de manera indeleble en nuestros genes y no hay mucho que podamos hacer al respecto.

Lo que Hamilton y otros habían demostrado era que el "egoísmo" del gen es totalmente coherente con el altruismo de los seres humanos. Incluso si el "objetivo" principal del gen es su propia continuación genética, que por cierto es una interpretación altamente antropomórfica de la selección de genes, es completamente erróneo asumir que las motivaciones humanas son todas egoístas. La evolución no excluye los comportamientos morales, sociales y altruistas. Por el contrario, los comportamientos sociales evolucionaron en los humanos precisamente porque ofrecen ventajas selectivas a la especie (Ridley 1996; Wright 1994).

Esta simple idea conduce a una visión mucho más matizada de lo que significa ser humano. El egoísmo existe claramente. Pero también, sin lugar a dudas, el altruismo. Ambos tipos de comportamientos son genéticamente posibles en nosotros. Ambos tuvieron ventajas evolutivas para nuestra especie durante largos períodos de tiempo. El egoísmo nos sirvió bien en condiciones de lucha o huida. Pero el altruismo fue fundamental para nuestra evolución como seres sociales.

Todos estamos, en mayor o menor medida, divididos entre los dos. Ninguno tiene dominio absoluto sobre el otro. La psicología evolutiva describe una tensión en la psique humana entre los valores que se refieren a uno mismo y a los demás. Igualmente interesante, desde la perspectiva de entender el consumismo, también reconoce otra tensión: entre valores que buscan la novedad y valores conservadores o tradicionales. El primero es adaptativo en condiciones que cambian rápidamente. Pero el segundo es absolutamente vital para proporcionar la estabilidad necesaria para formar familias y formar grupos sociales cohesionados.

El psicólogo Shalom Schwartz y sus colegas han formalizado estas ideas en una teoría de los valores humanos subyacentes. Utilizando una escala que ahora ha sido probada en más de 50 países, Schwartz sugiere que nuestros valores se estructuran en torno a dos tensiones distintas (Figura 1) en nuestra estructura psicológica: entre el egoísmo

(auto-mejoramiento, en el esquema de Schwartz) y el altruismo (auto-trascendencia) por un lado; y entre novedad (o apertura al cambio) y tradición (o conservación) por el otro (Schwarz 2006, 1999).

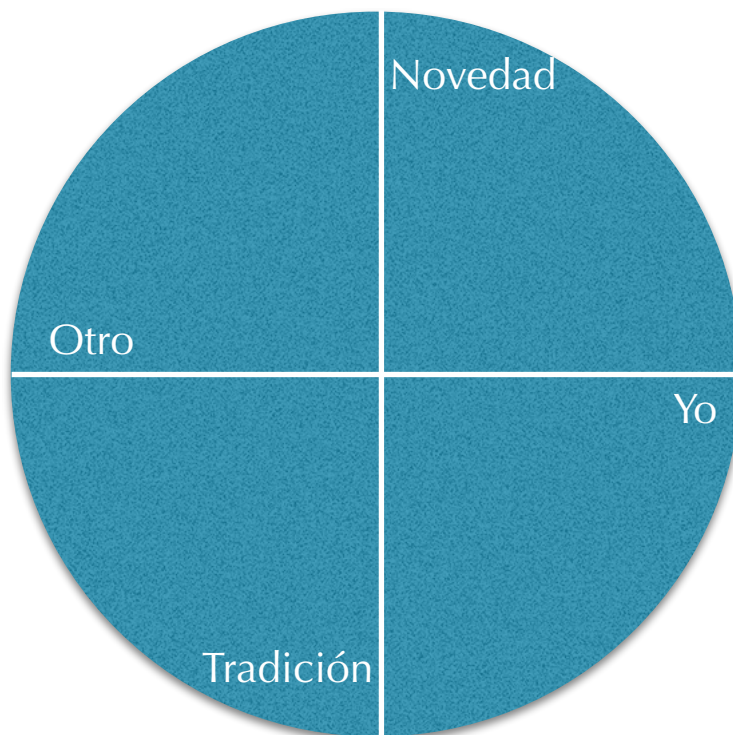


Figura 1: Tensiones evolutivas en la psique humana | Fuente: descripción del autor del circumplex de Schwartz (1999).

Este mapa evolutivo de la psique humana es revelador sobre el desafío de lograr una prosperidad sostenible. Lo que hemos creado en el capitalismo de consumo es una economía que privilegia, de hecho fomenta sistemáticamente, un

Cuando las [estructuras sociales] recompensan la mejora personal y la novedad, las conductas egoístas prevalecen sobre las altruistas. Pero donde las estructuras sociales favorecen el altruismo, las conductas que se trascienden a sí mismas son recompensadas y las egoístas son penalizadas.

aspecto específico del comportamiento humano, caracterizado por el cuadrante superior derecho en la Figura 1. Lo hemos hecho en parte, como resultado de un error masivo, que surge de un conjunto muy particular de ideas intelectuales. Pero esta idea errónea ha dado lugar a una economía que, en sí misma, se ve mejor servida por un comportamiento egoísta que busca novedades. Cuando

el consumo flaquea, el desastre se acerca.

Esta combinación de vanidad intelectual y debilidad estructural ha creado una profecía a la que estamos predispuestos. Como demostró una vez el teórico de juegos Robert Axelrod, el equilibrio de los comportamientos en una sociedad depende de cómo esté estructurada esa sociedad (Axelrod 1984). Cuando las tecnologías, las infraestructuras, las instituciones y las normas sociales recompensan la mejora personal y la novedad, las conductas egoístas de búsqueda de sensaciones prevalecen sobre las más conservadoras y altruistas. Pero donde las estructuras sociales favorecen el altruismo, las conductas que se trascienden a sí mismas son recompensadas y las egoístas son penalizadas.

Cada sociedad logra este equilibrio entre altruismo y egoísmo (y entre novedad y tradición) en diferentes lugares. Y

Una concepción errónea simple pero ferozmente destructiva de la naturaleza humana se encuentra en el corazón del capitalismo de consumo. Corregir ese concepto erróneo abre nuevas vías de cambio, ofrece una visión alternativa de prosperidad.

donde se logre este equilibrio depende fundamentalmente de la estructura social. En el curso normal de los acontecimientos, las condiciones sociales determinan las reglas por las que la gente común busca vivir. La cultura moldea y limita nuestras vidas. Cuando las cosas funcionan bien, las estructuras sociales se alinean adecuadamente con

los valores colectivos y proporcionan un marco cultural dentro del cual las personas pueden prosperar, lo que nos permite vivir vidas significativas y con propósito. Cuando las cosas van mal, las estructuras institucionales luchan contra los valores humanos, socavando la prosperidad y dañando a la sociedad.

Aquí, diría yo, es precisamente donde nos encontramos. Explica las inquietas insatisfacciones del consumismo. Motiva el surgimiento de una simplicidad basada en valores. Y concuerda con una larga sucesión de ideas sobre la condición humana desde la religión, los filósofos, las tradiciones de sabiduría, la poesía, la literatura y el arte: no somos y nunca fuimos del todo los hedonistas egoístas que el capitalismo de consumo espera y necesita que seamos.

Una concepción errónea simple pero ferozmente destructiva de la naturaleza humana se encuentra en el corazón del capitalismo de consumo. Corregir ese concepto erróneo abre nuevas vías de cambio, ofrece una visión alternativa de prosperidad y sugiere direcciones claras para la transformación de nuestras economías.

Fundamentos de la Economía del Mañana

La prosperidad trasciende las preocupaciones materiales. Por supuesto, la buena vida tiene dimensiones materiales innegables. Es perverso hablar de que las cosas van bien cuando no hay comida ni refugio adecuados. Pero también es evidente que la simple ecuación de prosperidad con abundancia es falsa incluso cuando se trata de estos simples requisitos materiales. Incluso cuando se trata de cuestiones de sustento, más no siempre es mejor. La calidad no es lo mismo que la cantidad.

La prosperidad tiene dimensiones sociales y psicológicas vitales. Hacer el bien se trata en parte de nuestra capacidad de dar y recibir amor, de disfrutar del respeto de nuestros compañeros, de contribuir con un trabajo útil, de sentirnos seguros frente a la incertidumbre, de tener un sentido de pertenencia y confianza en nuestra comunidad. En resumen, un componente importante de la prosperidad es la capacidad de participar de manera significativa en la vida de la sociedad. La prosperidad consiste en las capacidades que tenemos para prosperar como seres humanos en un planeta finito (Jackson 2016).

La economía debe ofrecer estas capacidades (Jackson y Victor 2013). Más allá de la producción y entrega de bienes y servicios, esta tarea implica mejorar el bienestar social y proteger la integridad ambiental. Estabilidad en los mercados, seguridad en el empleo, integridad ecológica, sostenibilidad en las cadenas de suministro, equidad: estas son algunas de las condiciones de las que depende la prosperidad presente y futura.

En la segunda mitad de este artículo, desarrollo brevemente las dimensiones económicas de la prosperidad sostenible: el papel de la empresa, la calidad del trabajo, la estructura de la inversión y el papel de la oferta monetaria. En conjunto, sostengo, estos cuatro elementos tienen el potencial de una transformación radical del capitalismo de consumo y ofrecen bases sólidas para la economía del mañana.

El papel de la empresa

Las actividades económicas deben proporcionar las capacidades para que las personas prosperen en su comunidad, tanto social y psicológicamente como materialmente. Al mismo tiempo, estas actividades deben proporcionar medios de vida dignos y satisfactorios para las personas. El empleo importa en cualquier economía. Por último, por supuesto, la actividad económica debe ser baja en carbono, eficiente en el uso de recursos y "andar con cuidado" en la tierra. La empresa debe proporcionar la capacidad para prosperar sin destruir las condiciones ecológicas de las que depende nuestra prosperidad futura.

Estas pocas características proporcionan la base para una nueva visión de la empresa: no como una división del trabajo especulativa, maximizadora de ganancias e intensiva en recursos, sino como una forma de organización social insertada en la comunidad, comprometida en brindar servicios que mejoran nuestra calidad de vida.

La idea de "empresa como servicio" tiene un pedigrí sorprendente. El concepto de servicios energéticos ya es una forma familiar de ver el sistema energético (Jackson 1992). La misma idea a grandes rasgos se puede aplicar a la vivienda, al transporte, a la nutrición (Jackson 1996). Más allá de estas necesidades materiales, la prosperidad tiene tanto que ver con el funcionamiento social y psicológico (identidad, afiliación, participación, creatividad y experiencia) como con cosas materiales.

A menudo, por supuesto, tratamos de emplear productos y servicios materiales para satisfacer estas necesidades, con mayores y menores grados de éxito. Pero las necesidades en sí mismas no son inherentemente materiales y es un error plantear la empresa únicamente en términos del rendimiento material. El capitalismo de consumo también reconoce una variedad de diferentes tipos de empresas basadas en servicios. Los servicios digitales y electrónicos, por ejemplo, a menudo se supone que ofrecen esperanza para un mundo altamente desmaterializado (Füchs 2015). La evidencia de esto tiende a no ser tan fuerte como nos gustaría que fuera (Hogg y Jackson 2009).

Pero definitivamente hay un subconjunto de actividades basadas en servicios que ofrecen múltiples dividendos para una prosperidad sostenible. Estas actividades tienden a centrarse en "servicios humanos" como la salud, la educación y la asistencia social. O estar ubicado en los sectores de la artesanía y la cultura. Junto con la 'servicización' de sectores materiales como la energía o la vivienda, estas actividades ofrecen un potencial real para transformar la economía, en formas que reducen la producción de materiales, aumentan el empleo y contribuyen positivamente a la calidad de nuestras vidas (Jackson 2016).

No todas estas actividades tienen que realizarse a través de empresas formales del sector privado. Algunas requerirán la participación del sector público. Muchos de ellos prosperan mejor en forma de empresa social local basada en la comunidad: proyectos de energía comunitaria, mercados de agricultores locales, cooperativas de comida lenta, clubes deportivos, bibliotecas, centros comunitarios de salud y ejercicio, servicios locales de reparación y mantenimiento, talleres de artesanía, centros de escritura, actividades al aire libre, música y teatro, yoga, artes marciales, meditación, peluquería, jardinería, restauración de parques y espacios abiertos.

Las personas a menudo logran una mayor sensación de bienestar y satisfacción, tanto como productores como consumidores de estas actividades, que en la economía de supermercados materialista y de escasez de tiempo en la que pasamos gran parte de nuestras vidas (Castell et al 2011). Tampoco son simplemente los resultados de estas actividades los que contribuyen positivamente al florecimiento. La forma y organización de nuestros sistemas de suministro también

son importantes. La organización económica debe trabajar con el grano de la comunidad y el bien social a largo plazo, en lugar de hacerlo en contra (Alperovitz 2014; Jackson y Victor 2013).

En resumen, esta visión de empresa ofrece una especie de modelo para un tipo diferente de economía. Proporciona nuestra capacidad para prosperar. Ofrece los medios para ganarse la vida y participar en la vida de la sociedad. Promete seguridad, un sentido de pertenencia, la capacidad de participar en un esfuerzo común y, sin embargo, perseguir nuestro potencial como seres humanos individuales. Y al mismo tiempo ofrece una posibilidad decente de permanecer dentro de la escala ecológica.

La calidad del trabajo

El trabajo es más que un medio de ganarse la vida. También es un ingrediente vital en nuestra conexión entre nosotros, parte del "pegamento" de la sociedad. El buen trabajo ofrece respeto, motivación, realización, participación en la comunidad y, en el mejor de los casos, un sentido y un propósito en la vida.

La visión económica convencional ve el trabajo como un sacrificio de nuestro tiempo, ocio y comodidad, y los salarios como una "compensación" por ese sacrificio. Esto conduce a resultados perversos tanto para los trabajadores como para los empresarios. Como señala Schumacher, "el ideal desde el punto de vista del empleador es tener una producción sin empleados, y el ideal desde el punto de vista del empleado es tener ingresos sin empleo" (Schumacher 1973).

Esta dinámica perversa se internaliza en la economía moderna a través de la búsqueda de la productividad laboral: el deseo de aumentar continuamente la producción entregada por cada hora de tiempo de trabajo. El aumento de la productividad laboral se considera a menudo como el motor del progreso en las economías capitalistas modernas. Pero la búsqueda incesante de una mayor productividad laboral también presenta a la sociedad un profundo dilema. A medida que cada hora de trabajo se vuelve más "productiva", se necesitan cada vez menos personas para lograr un nivel determinado de producción económica.

A nivel macroeconómico esta dinámica está castigando. Si nuestras economías no se expanden continuamente, corremos el riesgo de dejar a la gente sin trabajo. Un mayor desempleo reduce el poder adquisitivo en la economía y genera crecientes costos de bienestar. Los costos de bienestar más altos conducen a niveles difíciles de manejar de deuda pública. Una mayor deuda soberana tiende a reducir el gasto público, deprimiendo aún más la demanda. Cuando el crecimiento económico es difícil de conseguir, por la razón que sea, la dinámica del aumento de la productividad laboral es una amante aspera (Jackson 2016, capítulo 6).

En términos generales, existen dos vías de intervención a través de las cuales escapar de esta "trampa de la productividad" (Jackson y Victor 2011). Una es aceptar el crecimiento de la productividad en la economía y cosechar las recompensas en términos de reducción de horas trabajadas por empleado, o en otras palabras, compartir el trabajo disponible entre la fuerza laboral (Victor 2008, Hayden 1999). La segunda estrategia es aflojar el acelerador de una productividad cada vez mayor: o en otras palabras, trasladar la actividad económica a sectores más intensivos en mano de obra.

Curiosamente, estas dos vías tienen cierta precedencia en el pensamiento económico. Las propuestas para acortar la semana laboral están experimentando una especie de reactivación como forma de mantener el pleno empleo con una producción en declive (NEF 2013). Pero la idea tiene un pedigrí sorprendentemente largo. En un ensayo titulado

“Posibilidades económicas para nuestros nietos”, John Maynard Keynes (1930) previó una época en la que todos trabajaríamos menos y pasaríamos más tiempo con nuestra familia, nuestros amigos y nuestra comunidad.

Un ejemplo revelador del éxito de esta estrategia es el caso de Trumpf, un fabricante de máquinas-herramienta de la ciudad de Ditzingen, en el sur de Alemania. La empresa logró superar la crisis financiera sin despedir a ninguno de sus 4.000 trabajadores alemanes, mientras que la misma empresa despidió a 90 de los 650 trabajadores en Estados Unidos. La diferencia era que en Alemania, Trumpf podía aprovechar los incentivos del gobierno para reducir las horas de trabajo en lugar de despedirlas (NY Times 2010).

Controlar el implacable aumento de la productividad laboral ofrece una alternativa convincente a la reducción de las horas de trabajo. Si la productividad laboral ya no aumenta continuamente, y posiblemente incluso disminuye, la presión sobre los puestos de trabajo es considerablemente menor. Al cambiar a una economía de menor productividad, tenemos a nuestro alcance los medios para mantener o aumentar el empleo, incluso cuando el crecimiento de la producción de la economía se desacelera.

Si esta opción suena perversa al principio, probablemente sea porque estamos tan condicionados por el lenguaje de la eficiencia. La producción lo es todo. El tiempo es dinero. El impulso por una mayor productividad laboral ocupa una gran cantidad de literatura académica y acecha las horas de vigilia de los directores ejecutivos y ministros de finanzas de todo el mundo. Aparte de esta tenacidad ideológica, nuestra capacidad para generar más resultados con menos personas ha sacado nuestras vidas de la monotonía. ¿Quién preferiría hoy en día llevar sus cuentas a mano, lavar las sábanas del hotel a mano o mezclar hormigón con una pala?

Pero hay lugares donde perseguir el crecimiento de la productividad laboral tiene mucho menos sentido. Ciertos tipos de tareas dependen inherentemente de la asignación del tiempo y la atención de las personas. El cuidado y la preocupación de un ser humano por otro, por ejemplo, es una "mercancía" peculiar. No se puede almacenar. No se puede entregar mediante máquinas. Su cualidad se basa principalmente en la atención que presta una persona a otra. La fatiga por compasión es un flagelo creciente en un sector de la salud acosado por objetivos de productividad sin sentido.

Lo artesanal es otro ejemplo. Es la precisión y el detalle inherentes a los productos elaborados lo que les confiere un valor duradero. Es la atención prestada por el carpintero, el sastre y el diseñador lo que hace posible este detalle. Asimismo, es el tiempo dedicado a practicar, ensayar e interpretar lo que le da al arte su atractivo perdurable. ¿Qué, aparte del ruido sin sentido, se puede ganar pidiendo a la Filarmónica de Nueva York que reduzca su tiempo de ensayo y toque la Novena Sinfonía de Beethoven

cada año más y más rápido (Jackson 2012)?

De manera fascinante, estos sectores de la economía (cuidado, artesanía, cultura) se encuentran entre los 'servicios humanos' que se encuentran en el corazón de la visión de empresa expuesta anteriormente. En resumen, lograr el pleno empleo puede tener menos que ver con perseguir un crecimiento interminable de la productividad y más con la construcción de economías locales basadas en el cuidado, la artesanía y la cultura; y al hacerlo, devolver el valor del trabajo decente al lugar que le corresponde en el corazón de la sociedad.

La estructura de la inversión

La inversión encarna una de las relaciones más importantes de la economía: la relación entre el presente y el futuro. El hecho de que las personas reserven una parte de sus ingresos para invertir refleja un aspecto fundamentalmente prudencial de la naturaleza humana. No sólo nos preocupamos por nuestra felicidad presente, sino también por nuestro bienestar futuro. La prosperidad hoy significa poco si socava la prosperidad mañana. La inversión es el vehículo a través del cual construimos, protegemos y mantenemos los activos de los que depende la prosperidad del mañana.

En la economía convencional, la inversión privada se orienta hacia tres objetivos principales. En primer lugar, tiene como objetivo mantener (y, en caso necesario, sustituir o ampliar) el stock existente de activos fijos. En segundo lugar, intenta mejorar la productividad de esos activos, con mayor frecuencia, como hemos señalado, mediante la búsqueda de una mayor productividad laboral. Finalmente, la inversión se dirige a la creación y recreación de nuevos mercados para nuevos productos de consumo: la "destrucción creativa" de Schumpeter. El resultado es una cartera de inversiones dominada por industrias de extracción de recursos y flujos de materiales que dañan el medio ambiente.

Más allá de estas inversiones físicas o "reales", por supuesto, gran parte de la actividad inversora en el capitalismo de consumo toma la forma de especulación en precios de propiedades, productos básicos o activos. La crisis financiera fue testigo de una especie de capitalismo de casino, apostando al futuro, a costa de la estabilidad financiera y social. Una estrategia de inversión sólida debe tener un enfoque diferente. La provisión de nuestras necesidades materiales básicas sigue siendo, por supuesto, la línea base para la inversión. Pero más allá de esta línea de base, necesitamos invertir en salud, en educación, en asistencia social, en esparcimiento y recreación; en espacios verdes, lagos y ríos, parques y jardines; en salas comunitarias, salas de conciertos, teatros, museos y bibliotecas. El objetivo general de esta cartera es construir y mantener los activos físicos a través de los cuales las personas pueden prosperar y las comunidades pueden prosperar, con el menor rendimiento material posible.

Huelga decir que muy pocos—se siente la tentación de decir que ni uno solo—de los servicios de los que depende la prosperidad pueden eliminar por completo los insumos materiales y energéticos. La asistencia sanitaria requiere medicamentos y equipos de salvamento. La educación necesita libros y computadoras. Los músicos necesitan instrumentos. Los jardineros necesitan herramientas y fertilizantes. Incluso las actividades recreativas más ligeras (danza, yoga, tai chi, artes marciales) requieren un espacio de interacción adecuadamente mantenido. Más obviamente, las personas necesitan hogares, ropa, nutrición y movilidad.

En otras palabras, hay un elemento material irreductible incluso dentro de la visión más desmaterializada de la empresa. Pero también está claro que son posibles mejoras dramáticas en la eficiencia material y energética de la actividad económica (EMF 2015, Füchs 2016). Mejoras tecnológicas en la productividad de los recursos, mejoras en la eficiencia energética y la sustitución de energía renovable por energía de combustibles fósiles: estas inversiones "verdes" convencionales son un componente esencial de la economía del mañana.

Existen numerosos ejemplos de este tipo de inversión en la práctica (Capital Institute 2011, UNEP 2012; UNEP 2016). Triodos Bank, un banco ético innovador fundado en los Países Bajos en 1980, fue uno de los pioneros en este espacio. Actualmente, el banco financia más de 300 proyectos locales de energía renovable en Europa que generan más de 1600 megavatios de electricidad (Triodos 2016). En cierto sentido, estas iniciativas de bajas emisiones de carbono no son sólo inversiones en la infraestructura física de los servicios energéticos, podríamos decir con precisión que también son inversiones en el activo ecológico proporcionado por el propio clima.

De manera más general, el mantenimiento de los activos ecológicos requiere una inversión ecológica. Los bosques, los pastizales, los humedales, los lagos, los océanos, los suelos y la atmósfera misma son todos esenciales para proporcionar los servicios de los que depende la vida misma (TEEB 2012). El valor económico de estos servicios es difícil de calcular, pero la integridad de la ecología subyacente es vital para la prosperidad humana.

En resumen, una sólida cartera de inversiones debe centrarse en la protección y el mantenimiento de los activos de los que depende la prosperidad futura. Curiosamente, sin embargo, las recetas simplistas en las que la inversión contribuye a la productividad futura pueden no funcionar aquí. La inversión en bienes públicos a largo plazo deberá juzgarse en función de criterios distintos del éxito del mercado financiero. Esto también puede significar repensar la propiedad de los activos y la distribución de los excedentes de ellos. Quizás el mayor desafío de esta nueva cartera de inversiones sea la cuestión del financiamiento. Es a este tema al que nos referimos ahora.

El papel del dinero

Hasta ahora, me he centrado principalmente en lo que se llama la "economía real": los patrones de producción, consumo, empleo, gasto público e inversión en la economía. La "economía monetaria" es un término que se utiliza para describir el conjunto más amplio de flujos financieros de los que depende la economía real. Este conjunto más amplio de cuentas financieras incluye el flujo de dinero hacia y desde diferentes sectores económicos, los procesos de pedir prestado, prestar, crear dinero (la oferta monetaria) y los cambios en los activos y pasivos financieros de diferentes actores económicos. Estos flujos de dinero son esenciales para la financiación de inversiones en la economía real.

Pocos economistas previeron que la expansión masiva del dinero basado en la deuda comercial podría desestabilizar el sistema monetario en su conjunto. Para la mayoría de los no economistas, la naturaleza del sistema monetario suele ser una completa sorpresa. Tendemos a pensar en el dinero como algo impreso (o creado electrónicamente) por el Banco Central más o menos bajo el control del gobierno. La realidad es que sólo una pequeña proporción de la oferta monetaria (menos del 5% en la mayoría de las economías occidentales) se crea de esta manera. La mayor parte del dinero que circula en la economía actual es creado por bancos comerciales, casi literalmente "de la nada". Cuando un banco acepta crear un préstamo para una empresa o un hogar, simplemente ingresa el monto como un préstamo en el lado del activo de su balance y el mismo monto como depósito en el lado del pasivo de su balance. Este depósito está disponible para gastar en bienes y servicios en la economía. Los bancos generan dinero mediante préstamos (Jackson y Dyson 2013; Wray 2012).

La crisis fue resultado directo de este sistema monetario. En la década anterior, los bancos habían otorgado crecientes niveles de crédito a personas que cada vez más no podían pagarlo. No pudieron mantener la suficiente capacidad de recuperación en su balance para protegerse. En el lenguaje de los mercados financieros, estaban "sobre apalancados". Cuando los hogares comenzaron a incumplir con los préstamos, una rápida disminución del valor de los activos de los bancos en relación con sus pasivos provocó una pérdida masiva de confianza en el mercado. Uno tras otro, los bancos más vulnerables encontraron sus balances 'bajo el agua', con pasivos que superaban ampliamente a los activos (Wolf 2015, Turner 2015).

A través de la crisis se hizo evidente que la sostenibilidad, de hecho, la seguridad económica básica, depende de un sistema financiero saludable. La prosperidad misma depende de un sistema monetario que funcione correctamente. Transformar el sistema financiero es una clara prioridad. Aunque está más allá del alcance de este documento expandir esa tarea en detalle, vale la pena destacar tres innovaciones sociales particularmente importantes que están fuertemente respaldadas por el análisis aquí.

La primera es la inversión de impacto: la reinversión de los ahorros netos privados en la economía. El segundo es la banca comunitaria y las uniones de crédito: la implementación de vehículos locales de ahorro e inversión que devuelven los beneficios directamente a la comunidad. El tercero es la reconfiguración de la oferta monetaria en sí, recuperando el control de la oferta monetaria de los intereses comerciales y devolviéndolo al sector público (gobierno) o a la comunidad.

Hay ejemplos positivos que respaldan cada una de estas innovaciones. La inversión de impacto, la canalización de fondos de inversión hacia empresas, tecnologías y procesos éticos, sociales y sostenibles, es un elemento cada vez más importante en la arquitectura de la economía. En el pasado, este tipo de inversión se veía más como una forma de filantropía. Pero como señaló el Capital Institute, debe verse como un complemento vital tanto para la filantropía como para la financiación gubernamental: *una forma de aprovechar los dólares filantrópicos y del sector público seguros, mientras se aprovecha el poder de los emprendedores sociales y las soluciones basadas en el mercado para resolver algunos de los problemas más intratables del mundo.*

A nivel muy local, este tipo de iniciativa se fusiona con la segunda innovación. La banca comunitaria se trata de movilizar los ahorros de la gente común a nivel comunitario para proporcionar fondos de inversión para financiamiento social o ambiental. Los bancos comunitarios permiten que las personas inviertan en su propia comunidad, por ejemplo, en energía con bajas emisiones de carbono o en servicios comunitarios, y al mismo tiempo garantizan que los beneficios de esas inversiones permanezcan dentro de la comunidad. Las cooperativas de ahorro y crédito suelen ser más pequeñas, más locales y, a menudo, están diseñadas específicamente para ser instituciones sin fines de lucro. Por lo tanto, ofrecen un vehículo particularmente apropiado para la inversión a escala comunitaria y se están comenzando a adoptar para este propósito.

La tercera vía para orientar las finanzas hacia inversiones sostenibles se refiere a la oferta monetaria en sí. Hay algunos argumentos bastante sólidos a favor de cambiar el sistema monetario basado en la deuda existente y devolver un mayor grado de control sobre la oferta monetaria al gobierno (Jackson y Victor 2015, Strunz et al 2017). Algunos de estos argumentos tienen un pedigrí sorprendente.

El llamado plan de Chicago, en el que se exige el respaldo del 100% de los depósitos con dinero emitido por el gobierno, se presentó por primera vez en la década de 1930 y fue apoyado principalmente por el premio Nobel Irving Fisher. La idea ha sido revivida recientemente en un documento de trabajo del Fondo Monetario Internacional que

reformar los mercados de capital no es sólo la respuesta más obvia a la crisis financiera, también es una base esencial para la prosperidad sostenible.

señala varias ventajas del plan, incluida su capacidad para controlar mejor los ciclos crediticios, eliminar las corridas bancarias y reducir drásticamente tanto la deuda pública como la privada. Además, devolver el control de la oferta monetaria al estado permitiría a los gobiernos invertir directamente en la economía verde sin pagos de intereses

punitivos (Benes y Kumhof 2012).

En resumen, la economía del mañana exige un panorama financiero diferente al que condujo a la crisis financiera de 2008/9. La seguridad a largo plazo debe tener prioridad sobre la ganancia a corto plazo. Los rendimientos sociales y ecológicos deben tenerse en cuenta en las decisiones de inversión junto con los rendimientos financieros convencionales. Es fundamental mejorar la capacidad de las personas para invertir sus ahorros a nivel local, en beneficio de su propia comunidad. En resumen, reformar los mercados de capital no es sólo la respuesta más obvia a la crisis financiera, también es una base esencial para la prosperidad sostenible.

Hacia una Prosperidad Sostenible

La economía de auge y caída, obsesionada con el crecimiento del último siglo ha creado inestabilidad financiera, aumentado la desigualdad social y provocado daños ambientales insostenibles. La austeridad ha exacerbado estos peligros. Al perseguir la prosperidad a través del incesante consumo material, el capitalismo moderno ha sembrado las semillas de su propio colapso.

Nada de esto es inevitable. Como he argumentado en este artículo, las dimensiones de un tipo diferente de economía

Vivir mejor consumiendo menos. Para divertirse más, con menos cosas... La idea de que los humanos puedan prosperar y al mismo tiempo consumir menos es tentadora... Bien puede ofrecer la mejor perspectiva que tenemos para una prosperidad significativa y duradera.

pueden derivarse de simples principios básicos. La prosperidad sostenible es coherente con una visión más sólida de la naturaleza humana. Cuatro innovaciones económicas distintas - la naturaleza de la empresa, el valor del trabajo, la estructura de la inversión y el papel del dinero - proporcionan bases sólidas para la economía del mañana. Todas estas consideraciones surgen de un simple

entendimiento de que la economía no es un fin en sí misma, sino un medio hacia la prosperidad. La transición del consumismo sin restricciones a la prosperidad sostenible es una tarea precisa, definible y significativa.

Al entender la prosperidad como una condición social y psicológica, tanto como una condición material, hemos abierto una posibilidad intrigante: que los límites materiales no limitan la prosperidad en sí mismos. Con la atención adecuada a estos límites, puede ser posible mejorar la calidad de nuestras vidas incluso si reducimos su impacto en el medio ambiente. Vivir mejor consumiendo menos. Para divertirse más, con menos cosas.

La idea de que los humanos puedan prosperar y al mismo tiempo consumir menos es tentadora. Sería una tontería pensar que es fácil de lograr. Pero igualmente, no debe abandonarse a la ligera. Bien puede ofrecer la mejor perspectiva que tenemos para una prosperidad significativa y duradera. Es al menos una visión orientadora para llevarnos más allá de un capitalismo de consumo imprudente e insatisfactorio. El desafío para la economía es crear las condiciones en las que esta transformación sea posible.

La prosperidad, en última instancia, es el arte de vivir bien en un planeta finito. Se trata de la calidad de nuestras vidas y relaciones, de la resiliencia de nuestras comunidades y de nuestro sentido de significado individual y colectivo. Como sugiere la propia palabra, la prosperidad se trata de esperanza. Cumplir esa esperanza sigue siendo una tarea que vale la pena emprender.



Referencias

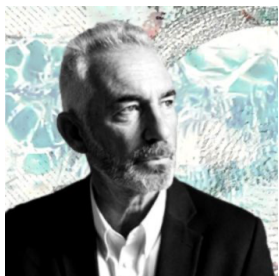
- Barwell, R and O Burrows 2011. Growing Fragilities – balance sheets in the great moderation. London: Bank of England.
- Baumol, W, R Litan and C Schramm 2007. Good Capitalism, Bad Capitalism, and the economics of growth and prosperity. Newhaven and London: Yale University Press.
- Benes J and M Kumhof 2012. The Chicago Plan Revisited. Washington: International Monetary Fund.
- Booth, D 2004. Hooked on Growth – economic addictions and the environment. New York: Rowman and Littlefield.
- Breakthrough 2015. An Ecomodernist Manifesto. The Breakthrough Institute.
- Capital Institute 2011. Evergreen Cooperatives – field study no 2. A field guide to investment in a resilient economy. The Capital Institute, New York. Online at: <http://www.capitalinstitute.org/capital-lab/field-guide-investing-resilient-economy/evergreen>.
- Capital Institute 2012. The Patient Capital Collaborative – A field guide to investment in a resilient economy. The Capital Institute, New York. Online at: <http://www.capitalinstitute.org/capital-lab/field-guide-investing-resilient-economy/PCC>.
- Castel, D, C Lemoine and A Durand-Delvigne 2011. 'Working in Cooperatives and Social Economy: Effects on Job Satisfaction and the Meaning of Work', Perspectives interdisciplinaires sur le travail et la santé 13-2 Online: <http://pistes.revues.org/2635>.
- D'Alisa, G, F Damaria and G Kallis (Eds) 2014. Degrowth: a vocabulary for a new era. London: Routledge.
- Deléage, J-P, J-C Debeir and D Hemery 1991. In the Servitude of Power: energy and civilisation through the ages. London: Zed Books.
- De Mandeville, B 1989. The Fable of the Bees. Penguin Classics. London: Penguin.
- Douthwaite, R 1999. The Growth Illusion – how economic growth has enriched the few, impoverished the many and endangered the planet. Totnes, Devon: Green Books.
- Durkheim, E 1903. Suicide. Reprinted (2002), Routledge Classics. London: Routledge.
- EMF 2015. Towards a Circular Economy: Business Rationale for an Accelerated Transition. Cowes, Isle of Wight: Ellen McArthur Foundation.
- Fücks, R 2015. Green Growth, Smart Growth: A New Approach to Economics, Innovation and the Environment. London and New York: Anthem Press.
- Godwin, W 1793. Enquiry Concerning Political Justice and its Influence on Modern Morals and Happiness. London: G.G. and J. Robinson.
- Hall, P, and D Soskice 2001. Varieties of Capitalism: the institutional foundations of competitive advantage. Oxford: Oxford University Press.
- Hamilton, W 1963. The Evolution of Altruistic Behaviour. American Naturalist 97: 354-56.
- Hamilton, W 1964. The Genetical Evolution of Social Behaviour. Journal of Theoretical Biology 7, 1-52.
- Hamowy, R 2008. The encyclopedia of libertarianism. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, Inc.
- Harvey, D 2014. Seventeen Contradictions and the End of Capitalism. London: Profile Books.
- Hayden, A 1999. Sharing the Work, Sparing the Planet –consumption and ecology. London: Zed Books. work time,
- Hobsbawm, E 1968. Industry and Empire. Reprinted 1999. London: Penguin.
- Hogg, N and T Jackson 2009. Digital Media and Dematerialization An Exploration of the Potential for Reduced Material Intensity in Music Delivery. Journal of Industrial Ecology 13(1): 127-146.
- Jackson, A and B Dyson 2013. Modernising Money: Why Our Monetary System is Broken and How it Can be Fixed. London: Positive Money.
- Jackson, T 2016 Prosperity without Growth – foundations for the economy of tomorrow. New York and London: Routledge.
- Jackson, T 2012. Let's be less productive. New York Times 27th May 2012. Online at: http://www.nytimes.com/2012/05/27/opinion/sunday/lets-be-less-productive.html?_r=0.
- Jackson, T 1996. Material Concerns: pollution, profit and quality of life. London and New York: Routledge.
- Jackson, T 1992. Efficiency without Tears: no regrets strategies to combat climate change. London: Friends of the Earth.
- Jackson, T and P Victor 2015. Does credit create a growth imperative? A quasi-steady state economy with interest-bearing debt. Ecological Economics 120: 32-48.
- Jackson, T and P Victor 2013. Green Economy at Community Scale. Ontario, Canada: Metcalf Foundation.
- Jackson, T and P Victor 2011. Productivity and Work in the New Economy – Some Theoretical Reflections and Empirical Tests, Environmental Innovation and Societal Transitions 1(1): 101-108.
- Kallis, G 2015. The Degrowth Alternative, Essay for the Great Transition Initiative. Online at: <http://www.greattransition.org/publication/the-degrowth-alternative>.
- Keynes, John Maynard 1930. Economic Possibilities for our Grandchildren. Essays in Persuasion. New York: W W Norton & Co.
- Locke, J 1690. An Essay Concerning Human Understanding. Reprinted 1997. London: Penguin Classics.

- Luxemburg, R 1913. The Accumulation of Capital. Reprinted 2003. London: Routledge Classics.
- Malthus, T 1798. An Essay on the Principle of Population, as it Affects the Future Improvement of Society, with Remarks on the Speculations of Mr Godwin, M. Condorcet and Other Writers (London: J. Johnson), 349.
- Marx, K 1867. Capital: a critique of political economy (reprinted 2004). London: Penguin.
- MEA 2005. Ecosystems and Human Wellbeing: Current States and Trends. Washington DC: Island Press.
- Mill, J S 1863. Utilitarianism. Reprinted 1906. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Mill J S 1869. On Liberty. Reprinted in Penguin Great Ideas 2006. London: Penguin.
- Nef 2013. Time on Our Side: why we all need a shorter working week. London: New Economics Foundation.
- NY Times 2010. Online at: http://www.nytimes.com/2010/08/04/business/global/04dmark.html?ref=business&_r=0
- Perez, C 2003. Technological Revolutions and Financial Capital, The Dynamics of Bubbles and Golden Ages. Cheltenham: Edward Elgar.
- Philipsen, D 2015. The Little Big Number: how GDP came to rule the world and what to do about it. Princeton: Princeton University Press.
- Polanyi, K 1944. Great Transformation – the political and economic origins of our time. Reprinted 2002. Uckfield: Beacon Press.
- Ridley, M 1996. The Origins of Virtue. London: Penguin Books.
- Robinson, E 1948. Monopoly. Cambridge Economic Handbooks (1st printed 1941). Cambridge: Cambridge University Press.
- Rose, H and S Rose 2000. Alas, Poor Darwin – Arguments Against Evolutionary Psychology. London: Jonathon Cape.
- Schwartz, S 2006. Value orientations: Measurement, antecedents and consequences across nations. In R. Jowell, C. Roberts, R. Fitzgerald, & G. Eva (Eds.), Measuring attitudes cross-nationally - lessons from the European Social Survey. London: Sage.
- Schwartz, S 1999. A theory of cultural values and some implications for work. Applied Psychology 48(1): 23-47.
- Smith, A 1776. An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations (reprinted 1937). New York: Modern Library.
- Schumacher, Ernst 1973. Small is Beautiful: a study of economics as if people mattered. Reprinted 1993. London: Vintage Books.
- Schumpeter, J 1975. Capitalism, Socialism and Democracy. Harper Row. New York:
- Sterling, P 2016. Why We Consume: Neural Design and Sustainability. A Great Transition Viewpoint. Great Transition Network. Online at: <http://www.greattransition.org/publication/why-we-consume>.
- Stuckler, D and S Basu 2014. The Body Economic: eight experiments in economic recovery from Iceland to Greece. London: Penguin.
- TEEB 2012. The Economics of Ecosystems and Biodiversity: Ecological and Economic Foundations. London: Routledge.
- Triodos 2016. Why Triodos? Online at: <http://www.triodos.com/en/investment-management/impact-investment/looking-for-funding/renewable-energy/why-triodos/>.
- Turner, A 2015. Between Debt and the Devil. Money, credit and fixing global finance. Princeton: Princeton University Press.
- UNEP 2012. Towards a Green Economy. Paris: United Nations Environment Programme.
- UNEP 2016. Global Trends in Renewable Energy Investment 2016. Paris: United Nations Environment Programme. Online at: http://fs-unep-centre.org/sites/default/files/publications/globaltrendsinrenewableenergyinvestment2016lowres_0.pdf.
- Victor, P 2008. Managing without Growth – slower by design not by disaster. Cheltenham: Edward Elgar.
- Whybrow, P 2015. The Well-Tuned Brain: Neuroscience and the Life Well Lived. New York: W W Norton and Co.
- Wilson, E O 1975. Sociobiology – the new synthesis. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Wolf, M. The Shifts and the Shocks: what we learned from the financial crisis and what we still have to learn. London: Penguin.
- Wray, R 2012. Modern Money Theory: a primer on macroeconomics for sovereign monetary systems. New York and London: Palgrave Macmillan.
- Wright, R 1994. The Moral Animal – why we are the way we are. London: Abacus.

Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Álvaro de Regil Castilla: [Transitando a Geocracia — Paradigma de la Gente y el Planeta y No el Mercado — Primeros Pasos](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Sostenimiento real y Decrecimiento en el imaginario ciudadano – El paradigma del Bienestar de la Gente y el Planeta en un entorno de real democracia desprovisto de capitalismo](#)
- Víctor M. Toledo: [¿De qué hablamos cuando hablamos de sustentabilidad?](#)
- Giorgos Kallis: [La Alternativa de Decrecimiento](#)
- John Bellamy Foster: [El Sentido del Trabajo en una Sociedad Sostenible](#)
- John Bellamy Foster: [La Crisis de Antropoceno](#)
- Ingrid Robeyns: [Libertad y Responsabilidad — Prosperidad Sostenible a Través de una Óptica de Capacidades](#)

❖ **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un ethos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.



❖ **Acerca del autor: Tim Jackson** es el Director de CUSP. Su visión de CUSP se basa en treinta años de investigación multidisciplinaria sobre sostenibilidad y décadas de experiencia en políticas, en particular su trabajo como Comisionado de Economía en la Comisión de Desarrollo Sostenible del Reino Unido. Tim es el autor de *Prosperity Without Growth*, publicado recientemente en una segunda edición sustancialmente revisada y actualizada.

❖ **Acerca de este ensayo:** Este ensayo fue publicado originalmente en inglés por el Center for the Understanding of Sustainable Prosperity (CUSP) en octubre de 2016.

❖ **Cite este trabajo como:** Tim Jackson: Más Allá del Capitalismo de Consumo — Fundamentos Para la Prosperidad Sostenible – La Alianza Global Jus Semper, Octubre de 2020.

❖ **Etiquetas:** Capitalismo, naturaleza humana, egoísmo, altruismo, progreso, trabajo, responsabilidad social empresarial, economía, sostenibilidad.

❖ La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.



Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

© 2020. La Alianza Global Jus Semper
Portal en red: https://www.jussemper.org/Inicio/Index_castellano.html
Correo-e: informa@jussemper.org